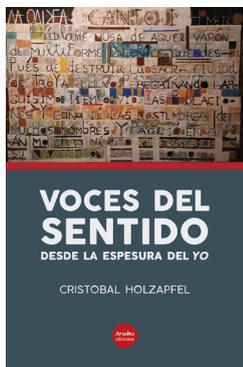


CÓMO CITAR

Álvarez, I. (2025). *Voces del sentido desde la espesura del yo* de Cristóbal Holzapfel. *Ethika+*, (11), 233-237. <https://doi.org/10.5354/2452-6037.2025.77531>

Voces del sentido desde la espesura del yo de Cristóbal Holzapfel

Íñigo Álvarez¹
Universidad de Chile



Santiago: Ariadna Ediciones, 2023

118 pp

ISBN: 978-956-6276-12-8

Voces del sentido desde la espesura del yo es un estudio sobre la búsqueda incesante del sentido a la que nos vemos empujados por el solo hecho de vivir humanamente. El ser humano, dice desde el comienzo Holzapfel (p.13), es un “buscador de sentido”, de un sentido que lo remite a las fuentes referenciales del amor, la amistad, el saber, el trabajo, el poder, el

juego y la muerte. De nuestro vivir cotidiano, de nuestra experiencia amorosa y amistosa, de nuestra labor, de nuestro trabajo y nuestro juego, del poder y de nuestra muerte es de donde extraemos el sig-

¹ <https://orcid.org/0000-0002-0001-1493>



nificado, la justificación y la orientación de nuestra vida, el para qué hacemos lo que hacemos, porque, por lo que parece, nos es difícil vivir en un sinsentido. A eso se refiere, por ejemplo, Frankl (2015), al describir su vivir en el campo de concentración de Auschwitz, cuando recuerda que, más que el dolor físico, lo que hería verdaderamente era “el sinsentido de todo eso” (p.35). Y, por eso, también podemos decir que la búsqueda del sentido incluye el momento último de la propia muerte, como afirma más adelante el mismo Frankl (2015), al pensar que si tenía que morir “al menos que mi muerte tuviera algún sentido” (p.52).

Continúa Holzapfel, en el segundo capítulo de la obra, construyendo una trama del sentido que se compone de cinco nudos. El sentido que hace nuestra vida se teje en una trama existencial que enlaza los nudos de los vínculos, los cobijos, las ataduras, las reiteraciones y los sostenes. El sentido, afirma, se origina en el vivir, en los sentidos que nos relacionan con el mundo, en los vínculos que establecemos con las cosas o con las personas. Son estos vínculos los que nos permiten generar un enlace estable, si bien parcial (lo que Holzapfel llama “el cobijo”); son vínculos que al mismo tiempo que nos dotan, también nos atan e impiden otros. No obstante, al reiterarlos, vamos cimentando nuestra vida sobre tales sentidos y, en definitiva, nos sostenemos humanamente sobre ellos. Por supuesto, desde nosotros en un mundo con otros. Lo señala con precisión, por poner un ejemplo, Adler (s.f.), cuando afirma que el fin determinado de toda especie es “el de la perfección y adaptación activa a las exigencias cósmicas” (p.208) que, en el caso de los seres humanos, se traduce en el desarrollo y perfeccionamiento del sentimiento de comunidad.

Así nos encontramos cada uno de nosotros, empujados a vivir una vida necesitada de sentido, empujados a hacernos conscientes de nuestra propia vida, a dirigirla desde esa conciencia, que es el yo, que es apertura y orientación, que es gobierno fundante del sentido. Se trata de un yo que nos caracteriza, que nos hace únicos, pero que también es universal y nos une al cosmos. Como dice Holzapfel,

“este yo nuestro, el de cada cual, es yo-universal, quien al proyectar el sentido, resuena el eco de innumerables voces del sentido” (p.31).

En el capítulo tercero, el autor desgrana las fuentes dispensadoras de sentido. Hay, como ya había dicho antes, fuentes referenciales (amor, amistad, fe, saber, poder, trabajo, juego, muerte); pero hay también fuentes programáticas, en las que el sentido se expresa (arte, ciencia, técnica, economía, derecho, política, religión, filosofía); y, también, fuentes ocasionales y fuentes persistentes, fuentes estables, que toman un peso cierto en nuestras vidas, y otras que se caracterizan por su carácter accidental. Como bien dice el autor, las fuentes persistentes, a la vez que nos proporcionan estabilidad, también nos atan y nos empujan a la crisis de angustia, de la que nos aliviamos con las fuentes ocasionales, esas fuentes ligeras que nos permiten movernos y sentirnos desasidos, que nos ponen en contacto con las fuentes icónicas, cargadas de simbolismo. En conclusión, el sentido se manifiesta, se decanta, dice Holzapfel, en fuentes, en las fuentes con las que componemos nuestra vida. En todas ellas, como sostiene en el capítulo cuarto, hay una donación de sentido tanto como una dotación, si bien no en todas se ofrece idéntica combinación de ambos elementos.

La referencia a la dotación y a la donación de sentido que se deriva de las fuentes, le permite al autor tratar, en el capítulo quinto, de los alicientes de sentido, del sentir mismo, del recordar, del imaginar, del querer, del pensar. Los alicientes son las formas de actuar nuestra vida, la conciencia misma que genera los nudos de sentido ya mencionados. Porque somos y actuamos, nos vinculamos con las cosas con (y en) las que vivimos; somos con ellas y en ellas. Y somos nosotros, cada uno de nosotros, soy yo, en definitiva, el que, viviendo, doy sentido a mi vida, el que por dar y en el dar ese sentido, vivo. Y en este dar sentido me encuentro, como conciencia ética que soy, eligiendo y justificando mi vida; me encuentro construyéndome y, en suma, siendo el que soy. En palabras del autor, “el sentido da expresión a nuestro íntegro ser” (p.54).

No hay que olvidar, además (a ello se dedica el capítulo sexto), que ese ser en construcción que somos y que se desarrolla en este mundo, se proyecta también, mediante la fe, hacia otro mundo. Podemos decir, en efecto, con Eliade (2004), que “lo ‘sagrado’ es un elemento de la estructura de la conciencia” (p.17) y no un mero añadido coyuntural. O, en términos de Holzapfel, “La fe constituye una clave fundamental para entender el sentido y el poder que reviste” (p.59). La fe, que permea nuestra vida y que se sitúa también en el vivir cotidiano y terrenal, nos estabiliza y nos ancla al sentido. Especialmente frente al sinsentido de nuestra desaparición. Porque si somos conscientes de nuestra vida y del sentido que encierra, y que nos sostiene y encauza nuestro desarrollo, no lo somos menos del punto final de ese mismo desarrollo y de la falta de sentido que amenaza disolvernó (lo que el autor presenta en el capítulo séptimo). Lo que somos cada cual, el yo de cada uno, queda comprendido entre nuestro nacimiento y nuestra muerte; y en ese lapso de existencia deambulamos en busca de sentido, “somos preguntas que andan por el mundo en pos de respuestas”, dice Holzapfel (p.72). Pero, desde el yo dubitativo que se conforma en la modernidad, lo que encontramos tras la pregunta por el sentido es a nosotros mismos haciéndonos las preguntas y ofreciéndonos menesterosamente respuestas que tanto nos sosiegan cuanto nos inquietan.

Vivir es, pues, dotar de sentido propio (es decir, perteneciente y configurado por nosotros) nuestra vida; es desentrañar las fuentes programáticas y desenvolverlas, esto es, desenvolvernos cada uno hacia la nada, en los inevitables progresos lineales y retrocesos cíclicos que nos componen, en un intento permanente y reiterado por orientarnos hacia la verdad (como expone el autor en los capítulos noveno y décimo). Se trata, dice Holzapfel, de una lucha, de “nuestro propio ser es agonal” (p.88), en la que jugamos y nos jugamos la existencia. Somos, añade, una suerte de “*homo ludens agonal* racional” (p.92) que siempre está en juego, que siempre está en el juego, jugando a hacer la vida proyectando sentidos y luchando por ordenar nuestro universo, en un universo que tiende inexorablemente a la entropía

total y definitiva. Y en este escenario jugamos a trazar caminos y establecer metas, en las que nos jugamos la vida; en este escenario, interpretamos, a nuestro modo, el papel protagonista de la pieza teatral que vamos escribiendo según actuamos. El escenario, sin duda, es especial. No solo porque es el escenario de nuestra vida, sino porque es un escenario esencialmente valorativo. En el vivir, sentimos e interpretamos, pero también y, sobre todo, valoramos. El hombre, decía Frankl (2015), es “un ser cuyo interés primordial consiste en asumir un sentido y realizar un conjunto de valores” (p.89). Y Holzapfel añade que ese nuestro vivir y valorar se produce en una circunstancia particular. Vivimos, dice en el último capítulo del libro, en una nube; y “valoramos y definimos valores *desde* la nube” (p.107), quizás porque hemos llegado a este mundo también como caídos de las nubes, aunque no, desde luego, porque vivamos “en las nubes” en el sentido coloquial de la expresión, sino más bien porque nos encontramos en el mundo nuboso que hemos sabido, mejor o peor, construirnos al construirnos. Y nos construimos con y desde los valores, desde la moral, que es comunitaria y que es singular, que es mía, pero que también es de otros, pues, aunque yo soy yo porque no soy los otros, no es menos cierto que yo soy con los otros y por los otros.

Las palabras finales de este último capítulo describen bien la situación que el autor nos quiere transmitir: “la dotación de sentido viene de esta nube que nos envuelve entre la cuna y la sepultura” (p.113) y que, dirá después en la conclusión, flota en un trasfondo abismal. Solo esta frase bastaría para abrirnos a una meditación sobre nuestra existencia que impregne toda nuestra vida. Ese es, según creo, el objetivo del libro.

Referencias bibliográficas

- Adler, A. (s.f.). *El sentido de la vida*. Cultura.
- Eliade, M. (2004). *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*. Orbis.
- Frankl, V. (2015). *El hombre en busca de sentido*. Herder.